

1. INTRODUCCIÓN GENERAL

1.1. La Ilustración

Para comprender lo que fue el inmenso movimiento cultural que hizo que el siglo XVIII haya sido calificado como Siglo de las Luces, o Siglo de la Razón, hemos de tener en cuenta, por una parte, lo que supuso el **empirismo inglés**, al considerar que la experiencia podía elevarse a valores teóricos. David Hume y sus continuadores son los representantes filosóficos de ese **racionalismo** fundado en bases empíricas, crítico y abierto, que despierta en Francia una corriente de admiración, iniciada por Voltaire. Bajo el absolutismo borbónico francés se desarrolla una corriente crítica que ve en las instituciones y cultura inglesa contemporánea un modelo. En los círculos, salones y universidades se leen y discuten las obras de Locke y de Newton y de los llamados “librepensadores”. Va naciendo así lo que se llama movimiento ilustrado, que se caracteriza por una fusión de intelectualismo y empirismo, de rigor metódico y de observación de lo real, que pretende alcanzar una visión total del universo, sistematizar las directrices de la cultura y fijar una norma de organización práctica político-económica que asegure una perspectiva de felicidad pública. Surge así el mito del **progreso**: Para los pensadores ilustrados la historia de la humanidad es un camino hacia la perfección y cada estadio cultural es un paso en ese progreso. Contribuir al progreso humano es tarea que corresponde a todos los hombres, pero especialmente a los doctos y sabios, pues no se podrá alcanzar el estado ideal de dicha y perfección hasta que las tinieblas de la ignorancia sean disipadas por las luces de la razón y la ciencia. A los “ilustrados”, pues, les correspondía la tarea de conducir y educar al pue-

blo hasta que este pudiera estar en condiciones de convertirse, libre y conscientemente, en artífice de su destino y gobernarse a sí mismo con arreglo a los principios de la ciencia y la felicidad públicas. A este fin responde, por ejemplo, la creación de la *Enciclopedia* a la que Diderot dedicó todas sus fuerzas.

Una corriente de **optimismo racionalista** va apoderándose de la conciencia de los espíritus ilustrados por toda Europa. Para estos hombres todas las cosas de la naturaleza están dispuestas de acuerdo con un orden racional y reguladas por unas leyes mecánicas que obedecen a un plan en virtud del cual todo se conecta armoniosamente con todo y cada cosa, ateniéndose a sus leyes propias, contribuye al equilibrio del universo.

La literatura de la Ilustración tenderá a mostrar la belleza y las maravillas de la naturaleza y a revelar la existencia de un plan racional, de una finalidad, de una armonía universal. Esta armonía y este orden racional deben regir igualmente el quehacer humano y las instituciones. Los propugnadores del derecho natural tratan de hacer evidente que el Estado se rige mejor buscando la armonización de los egoísmos. Los economistas ilustrados atacan los métodos de una economía dirigida por los gobiernos absolutos y sostienen que la prosperidad nace de la competencia.

En lo teológico, el optimismo racionalista conduce a una concepción **finalista**, según la cual la ordenación interna del universo está dirigida a una finalidad universal. Y esa ordenación cósmica, para los teístas es obra de una inteligencia superior a la naturaleza, mientras que para los deístas es fruto de la naturaleza misma, considerada como un todo y animada de una fuerza intrínseca que la impele hacia sus fines. El teísmo se amoldaba de alguna manera a la tradición cristiana, al tiempo que atacaba sus dogmas al afirmar que el mundo era obra de un Arquitecto sapientísimo que lo reguló mediante leyes naturales sencillas conducentes a obtener los mejores resultados. Dios, pues, no hace milagros, ni se ha revelado a ninguna iglesia, ya que la razón y la experiencia bastan para descubrir las huellas de la divinidad en el universo. El deísmo, en cambio, fundiendo las concepciones platónicas y espinosianas, afirma la existencia de un espíritu que gobierna el universo desde su interior. Ambas corrientes, sin embargo, conducen a los mismos resultados éticos, políticos y religiosos: el libre uso de la razón y la práctica de la honradez en la vida pública y privada como forma de culto, un culto de razón a un dios de razón.

No obstante, el teísta Voltaire reacciona en su *Cándido* contra el optimismo de la teología leibniziana, inherente a la teología de la Ilustración, por el peligro que entraña de pasividad frente a las exigencias y problemas de la vida real, y para Rousseau la naturaleza no es ya un orden perfecto de relaciones mecánicas y se convierte en fuerza creadora y positiva: “Todo es bueno según sale de las manos del Autor de las cosas; todo degenera en manos del hombre”. Así, la naturaleza es el origen de todo bien y no un orden establecido abstracto. De ahí, por ejemplo, la idea de “religión natural”. Y de aquí al romanticismo sólo hay un paso.

La Ilustración que surge en Francia con una voluntad claramente “revolucionaria” que conducirá a su gran Revolución de 1789, en Alemania, Italia, España y otros países europeos significó un **reformismo** encarnado en el “despotismo ilustrado” que procuraba mejorar, con oportunas reformas y espíritu didáctico, la situación en que se encontraba el pueblo.

1.2. La Ilustración en España

En España tanto el empirismo de Locke como el sensualismo de Condillac, las doctrinas naturalistas de Rousseau o el teísmo volteriano logran una lenta y gradual penetración a lo largo del siglo, produciendo un *filosofismo*, promotor de una inquietud científica altamente significativa.

El espíritu de la Ilustración se manifiesta también con la aparición del concepto de *filantropía*, es decir, un sentimiento altruista, eminentemente aristocrático, que se traduce en el interés de las clases privilegiadas por el mejoramiento económico e intelectual del pueblo. Este sentimiento “de moda” se refleja en el sistema de gobierno llamado **despotismo ilustrado**, cuya atención por el bienestar del pueblo excluye, sin embargo, su participación en el poder mediante la fórmula de “todo por el pueblo, pero sin el pueblo”. No obstante, el despotismo ilustrado conlleva un interés por las ideas nuevas y un fuerte afán investigador y de conocimiento altamente positivos.

Por otra parte, el espíritu ilustrado hace de la preocupación por la cultura un signo de distinción, lo que conduce al nacimiento de una aristocracia intelectual.

El siglo XVIII es, pues, para España, un siglo “reformador” en el que se intenta, por ejemplo, la difusión de la cultura mediante la secularización de la enseñanza, la fundación de escuelas primarias y profesionales, y la reforma de la enseñanza universitaria mediante la intervención del Estado.

El espíritu que informa el “despotismo ilustrado” conduce a la creación de gabinetes, laboratorios, jardines botánicos, escuelas de ingenieros, agrimensores y veterinarios, el Gabinete de Historia Natural, el Observatorio Astronómico, el Depósito Hidrográfico, las Reales Academias de la Lengua, la Historia y la Medicina, así como la Biblioteca Pública de Palacio.

Los hombres de ciencia, de pensamiento y de letras españoles del siglo XVIII se dedicaron a examinar y juzgar cuanto habían heredado de épocas anteriores bajo dos criterios nuevos: el de la racionalidad y el de la utilidad.

No obstante, es preciso tener en cuenta que la Ilustración en España cristaliza tardíamente, como también el hecho ya apuntado de su carácter elitista y gubernamental, o la convivencia y contraste entre continuidad y reforma en todos los ámbitos de la cultura.

Por otro lado, para comprender la Ilustración española hay que tener en cuenta el duro combate desigual que nuestros ilustrados van a tener con la Iglesia y con las demás instituciones, que obliga generalmente a atemperar las críticas, a moderar la expresión y, muchas veces, a caer en vacilaciones y contradicciones.

Algunos historiadores de la literatura y de la cultura han dividido al siglo en tres etapas:

La primera, dominada en lo político por Felipe V, el nuevo rey Borbón con el que se inicia el siglo, que quiere modernizar España según el modelo francés, está marcada en lo intelectual por la figura del Padre Feijoo, que abrió las ventanas del pensamiento e inicia en España, en todos los sentidos, lo que conocemos como Ilustración.

La segunda etapa es la de la Ilustración propiamente dicha, que culmina en el reinado de Carlos III (1759-1788), y que extiende la reforma a todos los ámbitos de la vida española, aunque los éxitos fueran sólo parciales. Durante estos treinta años una minoría de dirigentes cultos e ilustrados que se creían en la obligación de trabajar por “el bien del pueblo”, crea un clima intelectual y político que es el comienzo de la modernidad para España.

La tercera etapa, ocupada por el reinado de Carlos IV, representa, en algunos aspectos, el declive de la Ilustración, pues los acontecimientos de la Revolución francesa suscitaron un vivo recelo frente a todo tipo de novedades, y mucho más si venían de Francia. Ilustrado se convirtió en sinónimo de revolucionario y los *novadores* fueron perseguidos como tales. Esta etapa finaliza en 1808, cuando Carlos IV y su hijo Fernando abdican en Bayona a favor de Napoleón.

1.3. El Neoclasicismo

Aunque el Neoclasicismo puede ser considerado en líneas generales como el estilo propio de la Ilustración, ambos conceptos no son sinónimos, por lo que conviene detenerse a considerar su naturaleza y características.

En principio el Neoclasicismo es una reacción antibarroca que tiene lugar en Europa durante el siglo XVIII. Simplificando podríamos decir que su doctrina son las unidades y preceptos de la poética aristotélica, “reinventados” por los críticos italianos, y llevadas a la práctica por los autores franceses. En las artes, cierta preocupación por la belleza ideal platónica, identificada con el arte grecolatino, crea lo que podríamos considerar, en principio, como una moda que provocó el retorno a las formas “clásicas”. Pero este retorno se pro-

dujo a través de esquemas y se redujo, en muchos casos, a la imitación del tipo ideal creado por los antiguos.

Por otro lado, esta “moda” es adoptada por países que poco o nada tenían que ver con la cultura grecolatina imitada, para los que la norma clásica es cosa adquirida y descubierta, no heredada de una tradición y, por tanto, posee un cierto carácter de “exotismo”. Es esta, quizá, una de las razones por las que el Neoclasicismo pudo convivir con el nuevo espíritu romántico de finales del XVIII y principios del XIX. Para algunos autores, incluso, puesto que el Neoclasicismo se esfuerza en resucitar modos y concepciones propias del pasado y tiende nostálgicamente hacia un fantástico mundo pagano mitificado como un ideal inmutable, eterno, el Neoclasicismo revelaría una actitud propia de la sensibilidad romántica. Aunque nada parecería en principio más antitético del Romanticismo que el teatro de Corneille, máximo exponente del Neoclasicismo, para estos autores el mundo romano visto a través de Plutarco que aparece en el trágico francés resulta afín al mundo apasionado y heroico, casi romántico, del pintor David, pues en ambos se observa el mismo clima ideal mitificado en el que la clasicidad se ha vuelto materia de ensueño. Y es precisamente esta mitificación y esta imitación ideal, no espontánea, lo que para algunos autores distingue a una obra clásica de otra neoclásica.

Los Ilustrados veían la antigüedad fundamentalmente a través de los ojos de Plutarco, es decir, una antigüedad “moralizada”, que presenta a los héroes como hombres libres y ejemplares. Así pues, cuando David pinta su *Marat asesinado* no hace sino traducir en pintura el espíritu de Plutarco tal y como lo interpretaban los ilustrados: el Marat de David está pintado con el rostro humano y doloroso del “amigo del pueblo” sacrificado en el cumplimiento de su deber.

En los artistas neoclásicos hay siempre una aspiración a la armonía estatuaria y en los poetas se observa la mitificación nostálgica de un mundo ideal perdido. André Chenier lo sintetiza así: “Sobre pensamientos nuevos hagamos versos antiguos”.

Pero si forma y fondo van, o han de ir siempre unidos, la imitación de lo clásico para expresar lo nuevo puede producir el efecto de fría inactualidad y su mitología puede resultar lejana, ajena y muerta. No obstante, durante el Primer Imperio napoleónico, el mundo antiguo y sus mitos revivía con la moda en el vestir, en el mobiliario y en la política, y Napoleón era para Europa como uno de los Césares de Roma. El Neoclasicismo, aun con todo su amaneramiento, confirió al siglo XVIII su carácter voluptuoso y refinado, al tiempo que académico o “academicista”.